

ANTROPOLOGÍA, HISTORIA Y MUNDO URBANO. Un comentario a propósito del libro de L. Carle, *La Patria Locale. L'identità dei Montalcinesi dal XVI al XX secolo*, Venezia 1996

Isidro Dubert
Universidad de Santiago

Quizás, para una mejor comprensión de los objetivos que la autora se ha propuesto cubrir en el curso de esta investigación, presentada al lector bajo la forma de un volumen que supera las 360 páginas, sería conveniente remontarse a sus orígenes. En concreto, a los años previos a la aparición en 1989 de un sencillo trabajo que contenía en su seno algunas de las líneas maestras de un proyecto que, iniciado y dirigido por la propia Lucia Carle, no se vería materializado hasta siete años más tarde bajo la forma del estudio llevado a cabo sobre un pequeño enclave urbano toscano: Montalcino. Será entonces cuando encontremos explicitadas de una manera clara todas aquellas propuestas que, en su día, insistían en la necesidad de afrontar el conocimiento de la percepción cultural de la realidad urbana que tenían tanto sus pobladores como quienes, de uno u otro modo, caían bajo su ámbito de influencia, o la urgencia por averiguar los cambios y permanencias operadas en las formas de autorrepresentación urbana emanadas a cada instante de los distintos ejemplos considerados¹. En 1989, con la intención de captar todas y cada una de estas realidades desde una perspectiva histórica, se insistía en la necesidad de realizar una lectura de las fuentes tradicionales de la historia urbana, así como de cualesquiera otras que fuesen apareciendo o fuesen

¹ L. Carle, *Dentro e fuori. Tredici situazioni urbane nel tempo e nello spazio. (Progetto Identità Urbana in Toscana)*. Istituto Universitario de Firenze 1989.

dignas de ser tomadas en consideración, a la luz de las posibilidades que para ello ofrecían distintas vertientes de la Antropología Cultural, e incluso de la misma Iconología. Así, y en un primer momento, se pensaba en la posibilidad de dar una explicación histórica a la idea de la ciudad como creadora de espacios propios, de espacios con un claro y definido contenido económico, social o político, tanto frente asimismo como al mundo rural circundante, mientras que en un segundo, se confiaba en determinar las pervivencias, rupturas o discontinuidades de ese espacio, las cuales, en última instancia, han demostrado estar luego en estrecha relación con la evolución que conocerá el concepto de urbe en el tiempo. Y si este fue el punto de partida, Montalcino ha sido el de llegada.

La lectura de *La Patria Locale* nos ha permitido sin embargo constatar que las propuestas iniciales han ido madurando y afinándose conforme han pasado los años, sobre todo a medida que éstas han ido concretándose en el estudio de uno de los enclaves que contribuye a conformar la realidad urbana de la Toscana. Buena prueba de ello, la tenemos en sus veinte primeras páginas, donde se nos explican cuales serán los pasos dados a la hora de proceder a la descomposición de los elementos constitutivos de la identidad local, o lo que es lo mismo, de una identidad que será generada desde un punto de vista sociocultural por la población de una pequeña villa. Puesto que, ni aun en sus mejores momentos entre los siglos XVI y XX, Montalcino logrará superar la barrera de los 3.500 habitantes. Así, la lectura antropológica tratará de imponerse a un volumen de información obtenido a partir de las más variadas fuentes: libros parroquiales, censos, catastros, escrituras notariales, actas de consistorio, contabilidades institucionales... Una lectura que no obstante obligará a la autora a realizar una selección previa sobre ciertas parcelas de esa información, con la intención de proceder a recomponer luego las claves internas que explican el funcionamiento y la reproducción de modelo social montalcinense, a partir del cual acabará por configurarse una parte significativa de su identidad local. Se pone de manifiesto entonces que, y como es lógico, dicho modelo tenderá a perpetuarse gracias al recurso a mecanismos demográficos, familiares, sociales o económicos, que en la *longue durée* experimentarán una serie de rupturas y continuidades, las cuales a su vez coincidirán, o no, con la serie de rupturas y continuidades habidas en todos y en cada uno de los distintos elementos que históricamente han venido dando vida a esa identidad. En consecuencia, uno de los objetivos de Lucia Carle, que no el único, será el de poner de manifiesto la concordancia o discordancia que pueda haber existido entre esas dos clases de ritmos que desde el siglo XVI se han venido desarrollando en y desde Montalcino.

Dejando ahora a un lado el método, bajo la presentación de los resultados subyace la pretensión de una interpretación antropológica. Esto significa que en un mismo capítulo podemos encontrar situado a un mismo nivel lo económico, lo social

o lo político, con el vivo deseo de mostrar al lector no sólo sus citadas concordancias y discordancias en la larga duración, sino también las que puedan haber ido estableciendo con los distintos aspectos que irán conformando la identidad local, a medida que, y en el sentido más amplio de la palabra, vaya teniendo lugar la reproducción en el tiempo de esa sociedad. Este proceder, situará ante nuestros ojos una cantidad tal de información que, en ocasiones, puede resultar difícil hacerse con una idea clara de lo que se pretende, al menos hasta llegar al final del capítulo en cuestión, en donde las distintas piezas del puzzle comenzarán a hacerse encajar, bien sea de la mano de la autora o bien a través del esfuerzo exigido al lector. Pese a ello, creemos que ese esfuerzo merece la pena, como también lo merece seguir a L. Carle en su intento por ofrecernos una visión del mundo urbano desde un punto de vista diferente al que, como modernistas, estamos acostumbrados.

Así, y en la primera parte del libro, un sencillo análisis de la evolución del espacio urbano, mostrará su tendencia a modificarse en razón de una serie de disposiciones adoptadas, las más de las veces, por las autoridades del *Stato di Siena*. Una modificación que deberá ser asumida por los habitantes de Montalcino, quienes en la práctica, y en función de las medidas dictadas por un poder ajeno, extraño y lejano a la *comunità*, verán alterada su percepción simbólica de dicho espacio, o lo que es igual, de aquello que significa social, política o económicamente, ubicarse dentro o fuera de las murallas. Más aun, la asunción de esas disposiciones será una de las claves que sirva para explicar la ruralización que acabará afectando a las estructuras socioproductivas montalcinesas, al darse entrada por esta vía a labradores y jornaleros que hasta ese momento se movían en esa tenue y difusa frontera existente entre lo rural y lo urbano. Por consiguiente, no ha de extrañar que su incorporación a la vida urbana se deje sentir de inmediato en el equilibrio habido en las relaciones de poder que las elites tratan de mantener en los órganos de gobierno municipal. Por otra parte, esa ruralización coincidirá con el desarrollo de un proceso real: la decadencia que a lo largo del siglo XVIII experimentará una economía urbana basada en la manufactura artesana, cuyos productos se distribuyen a estas alturas en un limitado mercado local/regional que tiende a estrecharse cada vez más, en especial a partir de 1770-1830. De tal modo que una vez bien entrado el XIX, Montalcino pasará a convertirse en una cabecera de comarca que en este terreno se limitará a proporcionar tales o cuales servicios a una economía agrícola en fase de despegue gracias al cultivo de la vid. Pero lo más llamativo, es que la evolución de todo este proceso condicionará en cierta medida la formación de la memoria colectiva. Así, mediante el empleo de diversas obras de historia local, y a través de ellas fijándose en la percepción, lectura e interpretación, que sus respectivos autores han hecho de determinadas batallas, instituciones, familias o caracteres distintivos de sus pobladores, bien sea frente al campo cir-

cundante o bien frente a la siempre omnipresente Siena, L. Carle constata la existencia de una idealización del pasado, caracterizada por presentar Montalcino a los ojos de las generaciones futuras como una ciudad rica en recursos, medios y hombres. Hecho éste que no responde a la realidad, tal y como se desprende del estudio de sus rasgos demográficos más sobresalientes. Sin embargo, ello no impedirá que las elites locales recurran a esa imagen para reforzar y justificar su presencia en los órganos de poder local, por ejemplo, a través del establecimiento de los requisitos exigidos para ser ciudadano, es decir, para gozar o no de determinados derechos políticos, lo que equivale a mantener de alguna manera el control sobre los mecanismos que van a hacer posible un aspecto concreto de la reproducción social montalcinense.

En el mismo orden de cosas, se pone de relieve que la identidad local se irá configurando sobre la base de oposiciones, primero, a partir del sencillo enfrentamiento dentro-fuera, y segundo, habitantes de Montalcino-habitantes de otras ciudades. No obstante, dicha identidad, que se conforma como parte de una conciencia colectiva y de una determinada percepción de la realidad, obviará en su funcionamiento a la misma realidad. La obviará, por ejemplo, al menospreciar y ocultar al común la importancia, el peso y la capacidad, que para influir en los asuntos locales tiene la aristocracia terrateniente residente en Siena. Aun así, esa capacidad estará siempre presente, de un modo latente, contribuyendo a generar una cierta tensión en los distintos niveles por los que discurrirá ese juego dentro-fuera ya señalado. De esta manera, y una vez que partir de 1770 las consecuencias de las reformas administrativas impuestas desde Siena se sobreimpongan a la decadencia económica experimentada por Montalcino, será cuando se produzca como reacción su *cierre simbólico* a todo lo que proceda del mundo rural. Pero, con todo, el cierre, y como va dicho, no dejará de ser simbólico, puesto que una vez más las fuentes volverán a revelarnos que el contacto con lo rural ha sido, es y será, una constante en la historia de este pequeño enclave. El análisis de la exogamia matrimonial no deja lugar a dudas, como tampoco lo harán las inversiones en tierras realizadas por las elites locales tras 1800, en plena decadencia de una economía urbana que hasta ese momento se ha basado en la manufactura de productos artesanos. Algo que, por otro lado, está sucediendo justo cuando se produce la llegada de los franceses, la cual tendrá la virtud de acelerar la renovación de las elites locales y de posibilitar con ello una fractura definitiva con los tradicionales mecanismos que hasta ese momento servían para garantizar un cierto tipo de reproducción social, no así en cambio con las fórmulas que harán posible la supervivencia de una determinada concepción del pasado, la cual a su vez continuará alimentando una determinada idea de patria local.

En los capítulos que componen la segunda parte del libro cambiará el tono de la investigación, ya que lo que ahora preocupará a la autora es el estudio de todos y de

cada uno de los elementos que permiten la existencia y la pervivencia del sistema social montalcinense. De este modo, los distintos niveles de información de los que se dispone serán analizados mediante la combinación de técnicas procedentes de la Historia Social y de la Antropología, con la intención de establecer en ese análisis un equilibrio entre lo colectivo y lo individual. Desde esta perspectiva se abordará, por ejemplo, el acercamiento a lo cotidiano como parte de una estructura colectiva afectada por los distintos avatares —políticos, administrativos o económicos— que sacudirán la vida de Montalcino entre los siglos XVI y XX. Por esta vía, se dará entrada tanto a la figura de personajes concretos o de sus familias como a la de los distintos grupos sociales en los que se enmarcan. De ahí que en las páginas de esta segunda parte, L. Carle se detenga a determinar cual ha sido la importancia de tales o de cuales oficios, la relación que estos guardan con los poderes locales, su grado de incidencia en la vida municipal, las fórmulas que emplearán para reproducirse en el tiempo o las modificaciones internas que estas conocerán en los cuarenta años que van de 1770 a 1810. De aquí al análisis de la movilidad social, de aquellos mecanismos que la harán posible o de sus limitaciones bajo determinadas circunstancias..., hay un paso que no duda en darse. Es entonces cuando se pondrá de relieve el desfase habido entre la jerarquía institucional, derivada de la Reforma de 1644, y las clases realmente existentes en la vida socioeconómica de la ciudad. Esto no significa que en el plano histórico realidad social y realidad normativa no coincidan, lo cual no sería ninguna novedad, sino más bien que la primera, y en su deseo de tomar como referencia a la segunda, va a dar lugar a la aparición de fórmulas que garanticen en la larga duración la promoción sociopolítica de ciertas familias. Dichas fórmulas les permitirán proyectarse hacia la cúspide de la pirámide social, contribuyendo así, por un lado, a que tenga lugar su renovación, y por otro, a que el sistema social en su conjunto se reproduzca en el tiempo, al menos hasta que la crisis de la economía tradicional y la llegada de los franceses lo pongan en cuestión. Hasta ese instante, el desempeño de algunos cargos concretos en determinadas instituciones (Memorias para Casar Doncellas, Cofradías, Conventos...), junto a las posibilidades ofrecidas por ciertos mecanismos sucesorios, garantizará esos ascensos y descensos producidos en el seno de la escala social urbana, sin que ésta se resienta por ello. En estas condiciones, no ha de extrañar que la crisis económica y la llegada de las tropas napoleónicas vaya a poner en solfa todo el sistema, como tampoco deberá hacerlo que hacia 1827-1830 los sectores sociales mejor situados dentro del artesanado urbano, sigan el camino abierto por las elites hacia la inversión en tierras. Sin embargo, una vez más, y paradójicamente, el corte con el Antiguo Régimen no implicará el que a corto plazo se hayan dado cambios significativos en la memoria colectiva, visto que la idealización del pasado tenderá a acentuarse, hasta el punto de que la recreación de uno de los elementos sobre

los que se articulará la identidad urbana, y con ello la idea de *patria locale*, verá garantizada su continuidad en el seno de un nuevo marco socioproductivo. De su fortaleza y de su peso en la vida sociocultural de Montalcino nos da una ligera idea la plena identificación expresada hacia ella por las nuevas elites locales que surgirán tras la crisis de 1770-1827, en la medida que la ciudad ligue su futuro a las posibilidades que ofrece un desarrollo agrícola basado en el cultivo de la vid y, por consiguiente, en la comercialización del vino.

En resumen, nos encontramos ante un estudio que parte de un planteamiento original a la hora de acercarse a la realidad urbana local. Sin embargo, no podemos terminar sin hacer referencia a tres hechos que nos han llamado poderosamente la atención. Primero, la falta de un capítulo de conclusiones que evite al lector el tener que realizar por su cuenta la recomposición y el encaje de algunas de las piezas que componen este cuadro urbano. Segundo, la ausencia de una o dos páginas en las que se indique la bibliografía empleada, y en consecuencia la reducción de las notas a su mínima expresión. Y tercero, la carencia de comparaciones de algunos de resultados concretos con los procedentes de otras realidades urbanas. Aun así, y en descargo de la autora, debe decirse que estas ausencias obedecen más a los criterios seguidos por la institución que se hace cargo de la publicación de su trabajo que a su propio quehacer, visto que en ocasiones anteriores, y con un editor institucional bien diferente, no ha tenido empacho alguno ofrecer al lector unas conclusiones, una bibliografía y un análisis comparativo en condiciones².